

go de pan con que alimentar malamente á sus familias que languidecian al lado de los opulentos castellanos. No es mucho elogio para el virey Marques de Salinas, referir lo que hizo, si se considera la proposicion absolutamente; pero recordando que aun esta abyecta condicion de los naturales, parecia mucho á sus señores, que deseaban verlos en inferior escala que á las béstias, no podemos menos de pedir un tributo de gratitud para quien siquiera hizo algo en favor de la desgracia; que si no fué todo lo que exigia la justicia, fué á lo menos lo que se podia en aquellas circunstancias. Tan antigua como estos acontecimientos, es la infame costumbre de usurpar á los infelices el fruto de su trabajo, pagando sus jornales, no en dinero sino en los efectos necesarios para subsistir, cargando un precio excesivo á los trabajadores; y el rey mandó por una cédula corregir un abuso semejante. La integridad con que Velasco cumplió las reales órdenes, así en esto como en todo lo demas que miraba á suavizar la afflictiva condicion de los indigenas, le atrajo el odio de los españoles poderosos, pero él oyendo con desprecio estas murmuraciones del vil interés, siguió cumpliendo con su deber, hasta que en el año de 1611, fué nombrado presidente del consejo de Indias, y para cumplir su falta se promovió al vireinato, al arzobispo de México, D. Francisco García Guerra, que entró en posesion de este empleo luego que el marqués de Salinas se embarcó, por haber venido privilegiado en reconocimiento de sus méritos, para gobernar hasta el momento de darse á la vela. (1)

Torquemada part. 1.^o lib. 5.^o cap. del 44 al 70, Alegre tom. 1.^o lib. 4.^o y tom. 2.^o lib 5.^o

CAPITULO XI

Gobierno del Arzobispo Garcia Guerra y del Marqués de Guadalcazar

El Sr. García Guerra, con su doble carácter de virey y arzobispo de México, se ocupaba de seguir el curso de los negocios pendientes por su prudente y humano antecesor D. Luis de Velasco el jóven; pero ni en estos pudo obtener algun término, ni emprender nada por sí, porque cuando empuñó las riendas del gobierno temporal, el dia de su muerte estaba ya muy cerca en acecho de su vida: una ocasion que salia de su palacio, al subir en el coche sufrió una caida, de que quedó gravemente enfermo, y el 22 de Febrero de 1612 murió. Para llenar su puesto vacante en el gobierno de las provincias de Nueva España, se encargó la audiencia de gobernar interinamente y el oidor decano Otalora, ocupó el palacio de los vireyes.

El gobierno de las audiencias probó tan mal en México que desde la primera presidida por el tristemente célebre Nuño Beltran de Guzman, cada periodo en que ellas tuvieron el mando, está marcado con ridículas extravagancias y espantosas atrocidades. En el tiempo de que vamos hablando se esparció la voz de que los negros querian hacer un alzamiento; y esta noticia puso en tal alarma á la Capital y demas ciudades, que en todas se omitieron las funciones de la semana santa, por decirse que esos dias eran los señalados para hacer estallar la conjuracion. En la noche del Jueves Santo, entraba á la Capital una partida de cerdos: alguno que oyó el ruido que gruñendo causaban aquellos animales, dió la voz de alarma, creyendo ser ya los negros; y como los ánimos estaban de tal ma-

nera preocupados, cada uno pensó ponerse á cubierto, sin haber quien tratara de investigar la verdad. Al día siguiente se advirtió el error y la causa tan ridícula de tan grande alboroto: y en el domingo de Pascua, en medio de un numerosísimo concurso de gente, fueron decapitados veintinueve negros, cuyas cabezas quedaron expuestas en escarpas á la espectacion pública. Los autores que refieren este hecho, no dicen cual fuera la causa de tan terrible ejecución; pero por el contesto de la narracion, parece probable, que no hubo mas fundamento, que el de intimidar los ánimos de los de la supuesta conjuracion, con aquella medida de terror. ¡Política cruel que trata de prevenir males, y tal vez imaginarios, por medio de atrocidades semejantes!

La capital siguió con este gobierno hasta que en 28 de Octubre de ese mismo año, hizo su entrada D. Diego Fernandez de Córdoba, marqués de Guadalcazar, nombrado virey de la Nueva España. Durante su gobierno, son pocos los acontecimientos notables que se refieren en la capital y demas ciudades del interior, como la fundacion de la villa de Córdoba, famosa por sus plantíos de tabaco, el descubrimiento de las minas de Guadalcazar, á poca distancia de San Luis Potosí, el viage al seno californio por el capitán Iturri para emprender la pesca de las perlas habiendo conseguido una tan grande y de tan bello oriente, que pagó de quinto á las cajas reales la suma de novecientos pesos; pero en las provincias de Sinaloa y la Nueva Vizcaya, tuvieron lugar por este tiempo hechos de bastante importancia, relativos á la civilizacion de los muchos pueblos indígenas que habitaban aquellos lugares.

Un indio natural de Sinaloa, llamado Lautaro, que habia estado en las minas de Topia, se retiró disgustado y con ánimo de sublevar á los pueblos que aun permanecian en

la gentilidad, con esperanza de que en ellos prendiera con mas facilidad el fuego de la rebelion. Para esto se unió con otro gefe de los zuaques, llamado Babilomo y con algunas familias de los *ocoronis* hechas entrar en la liga, se retiraron á la tierra de los *mayos*; pero estos aunque gentiles, eran previsores y amantes de la paz, la cual no creyeron tener segura, si abrigaban en su seno á los revoltosos. Entonces estos pasaron hasta las riveras del Yaqui donde por ser una nacion numerosa, guerrera y deseosa de combatir á los españoles, fácilmente prendió el fuego de la sedicion.

Apenas Lautaro y sus cecuares habian llegado á la tierra de los *yaquis* cuando se presentó en sus fronteras el capitán Hurdaide, con alguna tropa de españoles y otros indios aliados, pidiendo se le entregaran á los autores de aquella guerra. Los *yaquis* celebraron una asamblea para discutir la resolucion que se debia tomar: en este consejo *Anabaylutei* gefe respetable por la madurez de sus juicios opinó porque no se entrara en guerra, concediendo al capitán lo que tan justamente pretendia: y aunque muchos alucinados por Lautaro, se apartaron de este parecer y con calor pretendian resistir á los españoles; pero al fin cediendo todos á las prudentes observaciones del juicioso *Anabaylutei* siguieron su dictamen, y él mismo fué comisionado para ajustar la paz con Hurdaide. Este gefe oyó á los comisionados *yaquis* y luego mandó con ellos algunos *tehuecos* y dos indias cristianas, para recibir á los promovedores del desorden; pero á la vuelta del *Anabaylutei*, la generalidad azusada por Lautaro y Babilomo, habia tomado una actitud hostil, y lejos de cumplir su promesa, se echaron sobre los *tehuecos*, haciendo algunos prisioneros y poniendo á los otros en precipitada fuga.

El capitán aunque lleno de indignacion, no se creyó con la fuerza bastante para comprometerse en una guerra con

una nacion, la mas poderosa y culta de las regiones occidentales: y así, volviéndose con presteza aumentó su fuerza y la reforzó con casi dos mil aliados de los mayos y tehuecos. Con este apresto de guerra volvió á la frontera de los yaquis, donde fué por ellos atacado con tal vehemencia, que lo obligaron á levantar el campo, aumentando en él la cólera y en los vencedores el orgullo, que por aquellos dos triunfos, se prometian llevar adelante la guerra, destruyendo á los españoles y bailando al derredor de sus ensangrentadas cabezas.

Hurdaide se atemorizaba porque los yaquis no se amedrentaban por el fuego de sus mosquetes, ni se dejaban dominar del pavor que sobrecogia á los demas indíenas, ver á los españoles manejar un brioso caballo, como si fuera un mismo todo con el ginete: estaba al tanto de su número, su valentía y los muchos ardidés de que se valian en la guerra; pero temiendo por otra parte, que si no los dominaba pronto, ellos tomarian la iniciativa sublevando á los pueblos ya sujetos, formó con velocidad un ejército de cuarenta españoles y cuatro mil indios aliados, con los cuales se aproximó por tercera vez á las fronteras del enemigo.

Antes de penetrar en su territorio, mandó ofrecerles la paz pidiendo en cambio su obediencia; pero la respuesta fué una ruda carga del enemigo, al rayar el alba del dia siguiente. Por algun rato se sostuvo el combate; pero la intrepidez de los yaquis obligó á los aliados á levantar su campo, emprendiendo una retirada en que era recíproco el valor de ambos ejércitos y el orden en sus maniobras. En algunos ratos aflojaba la fuerza de los asaltantes y los contrarios aprovechaban la oportunidad para avanzar en su camino; pero donde el terreno era mas propio, se renovaba el furor de los implacables yaquis, que defendiéndose del fuego enemigo en los mismos árboles del bosque, atacaban con mucho brío, hasta que aterrorizados los alia-

dos, se dispersaron en su mayor parte, no quedando al lado del capitán, sino sus cuarenta españoles y cosa de cien indios. Con esta pequeña fuerza siguió aquella lucha tan desigual, hasta que pudieron ganar una altura, donde tomaron algun aliento de aquella refriega tan esforzada. En aquel fuerte pasaron el resto del dia, rodeados por los yaquis que á la falda del montecillo, esperaban el momento de acabar con sus aborrecidos enemigos. El éxito efectivamente no parecia dudoso: los españoles en su mayor parte estaban heridos: los que quedaban buenos, se hallaban rendidos por la fatiga, acosados por el hambre y la sed, y sin municiones, porque la pólvora que no habian quemado, la perdieron en los bagajes caídos en poder de sus implacables contrarios. En medio de aquella congojosa situacion, donde todo hacia presentir un fin funesto, Hurdaide queria oír el parecer de sus compañeros; pero el mismo aprieto del peligro habia desterrado de ellos el consejo, y todo era confusion en aquella diversidad de pareceres. Entró la noche aumentando con sus melancólicas sombras el pavor que dominaba el ánimo angustiado de los sitiados: y cuando todos veian acercarse con semblante lúgubre el horrible espectro de un fin desgraciado, un rayo de luz descendió sobre la acalorada imaginacion del capitán, que inútilmente se habia agitado en un caos tenebroso sin hallar otra solucion posible, sino perecer en manos de sus enemigos, cuyos gritos indicaban el gozo que animaba á sus feroces corazones. Mandó el capitán alistar su tropa en los mejores caballos: encendió hogueras en toda la estension de su campo; y todos los caballos, que no podian ya servirles para la silla, los hizo bajar del monte precipitadamente, por el lado donde habian combatido ese dia. Luego que los yaquis oyeron el ruido que los caballos hacian entre el ramaje del bosque, creyeron ser los españoles que bajaban y por aquel lado

cargaron todos: los caballos, que de suyo iban á prisa agujoneados por la sed, corrieron con mas velocidad; y cuando oyeron el ruido los yaquis que los perseguian, todo el ejército fué siguiendo la direccion de aquella fuga, hasta las riberas del rio en que se desengañaron del error en que habian caido, por un ardid de sus astutos contrarios.

Los españoles entretanto, aprovechando aquel tiempo feliz, caminaron en contraria direccion, y pronto llegaron á los pueblos de los mayos, donde estuvieron ya á cubierto de la persecucion. Esta ingeniosa ocurrencia, fué para los españoles mas fecunda en prósperos resultados, que si hubieran salido victoriosos, porque los yaquis admirados no menos de su valor que de su astucia, no quisieron tenerlos mas por enemigos y pronto mandaron una comision de sus mas respetables gefes, que ajustaron la paz, en prueba de la cual mandaron algunos de sus jóvenes que se instruyeran por los religiosos de la villa de S. Felipe y Santiago. Y aun no quedaron aquí los resultados, porque al ver rendida la nacion mas poderosa y en alianza con los españoles, las otras no podian prometerse mejor resultado de la suerte de las armas. Los *nebomes*, se declararon luego en amistad y pidieron ministros que doctrinasen á los habitantes de sus pueblos, confinantes con los tarahumares y los tepehuanes: lo mismo hicieron los *nures*, vecinos de los nebomes y los yaquis: los *nabacabaches*, que habitaron entre los rios Mayo y Zuaque: los *tzes*, que con no menos instancia, pedian llevar á su seno los ministros de la religion. En todo este estenso campo, poblado por mas de ochenta mil personas, corrieron luego los obreros de la compañía de Jesus, esparciendo la semilla de la civilizacion; aunque con bastante trabajo por aquellas gentes rudas, avezadas ya en sus máximas idólatras y en una vida semejante á la de las fieras

que habitan lo mas áspero y encumbrado de las montañas, siempre estaban propendiendo á vivir en los desórdenes en que habian envejecido, obstáculo que no podia vencerse, sino con la heroica abnegacion que desplegaron los hijos de S. Ignacio. Si quisiéramos presentar todo el cuadro completo de lo mucho que la civilizacion debe á los religiosos, en la instruccion de estos pueblos serriles é inconstantes, se convertiria la obra en una crónica de tales acontecimientos y ademas sus límites serian muy estrechos para contener tan estensa narracion; pero podrá formarse una idea, de cuales fueron estos sufrimientos y el espíritu de los que los padecieron, con la lectura de una carta del padre Hernando de Santarén, uno de estos infatigables operarios, que pasó gran parte de su vida en esta obra de caridad, dice así:

«Se ha acabado este año un arte de lengua acaxee, y un vocabulario tan copioso, que con él podrá cualquier padre por sí, aprender la lengua, como lo experimenta ahora el padre Andrés Gonzalez. El trabajo que en esto ha tenido su autor el Padre Gravina, ha sido grande; y tanto, que á mí me causaba admiracion que tuviese tanta paciencia para sacar un vocablo propio de la boca de esta bárbara gente, que á veces era menester medio dia para ello. Seria de mucho alivio para el continuo trabajo la ayuda y buen ánimo con que ha venido el padre Pedro Mejía, que es muy apropósito para el puesto. De mí digo, que aunque me siento ya viejo y cansado, no ha de quedar por mí el procurar el bien de estas misiones, ni pedir salir de ellas, no cerrando por eso la puerta á la obediencia para disponer de mi persona como de un cuerpo muerto; pues harto mal seria si despues de diez y nueve años de mision, trabajos y malas venturas, no hubiéramos sacado siquiera la indiferencia que nuestro bienaventurado padre nos pide. Y ya que no con tantos quilates, á lo menos, *ecce ego, si ad-*

huc populo necessarius, non recuso laborem fiat voluntas Domini. No han experimentado los de allá el jugo y contento que Dios comunica á los de acá. Mas da nuestro Señor en un desamparo de estos, en un desavío de hallarse en un monte á pié, en una tempestad de nieve, que nos coge en una noche oscura, al sereno y agua, sin tienda ni abrigo, que en muchas horas de oracion y encerramiento. Esto, y el parecerme que el pedir salir de aquí, es volver á Dios las espaldas, y dejar á Jesucristo solo con la cruz á cuestas, y que allá en mi recogimiento me lo ha de dar en cara su divina Magestad, me mueve á no salir de aquí. Y cuando en esto me hallare la muerte, me tendré por dichoso, y entenderé que el morir armado en la batalla, y solo en medio de estos bárbaros, me será tanto mérito, como rodeado de mis padres y hermanos, y en este desamparo me prometo el amparo de Dios nuestro Señor, por quien se hace. Esta escribo cansado de sangrar con mis manos, por lo mucho que en estos pueblos ha picado el *cocolixtli* (fiebre,) sin haber otro que los acuda sino solo yo, que en tres dias no me he sentado sino á comer, sangrando y bautizando mas de setenta personas.» ¡Hé aquí lo que fueron los hijos de las instituciones monásticas! Y no se diga, que no es admisible el testimonio que cito, por ser perteneciente á esas mismas comunidades, que renunciando al reposo y su propia comodidad, estaban dispuestos á dar hasta su vida, por labrar la felicidad temporal y espiritual de sus semejantes: porque serían muchos tambien los que pudieran aducirse de otras muchas personas de distintas categorías, como es el informe que en 5 de Julio de 1618 dió á la corte de España D. Luis Velasco acerca de los trabajos de los padres de la compañía y lo que dijo el Illmo Sr. D. Juan del Valle, obispo de Guadalupe, volviendo á visitar las misiones de Topia y Sinaloa. «He visto á casi todos los padres de estas misiones,

de que vengo consoladísimo y muy edificado, porque he visto el provecho tan notable que hacen en estas partes y lo mucho que padecen entre estos bárbaros que tienen á su cargo.» Y el padre Rodrigo de Cobredo, escribiendo al general de los jesuitas, de quienes fué visitador, dice hablando de las misiones de la tierra adentro: «Cuando leo las cartas de los padres de esta mision, me parece que veo en ellas una perfecta imitacion de lo que el Apóstol escribia á los corintios, segun la hambre, desnudez, calores, frios, enfermedades, persecuciones, soledades, desamparos y otras mil incomodidades que padecen y llevan con extraordinario gusto y consuelo por la mayor gloria de Dios y bien de aquellas almas que la obediencia les ha encomendado.» Ni solo se reducian los ministerios de los obreros del evangelio á las naciones que por fuerza ó la conveniencia de sus intereses, habian doblado la cerviz al yugo de los extranjeros, sino que antes por el contrario, como ya hemos hecho notar en mas de una vez, ellos se desprendian de todo interes aun del de la conservacion de su propia vida, y apresuraban á difundir la luz de la religion revelada, donde quiera que se notaban las negras sombras del paganismo; y la caridad que los animaba, tenia demasiada fuerza para vencer la ferocidad de tantos pueblos salvages, convirtiendo en bien de la civilizacion, los mismos elementos que amenazaban destruir la sociedad: y esto sin destruir al individuo, como lo hacian los conquistadores castellanos, y como lo han hecho los *filantrópicos* colonizadores de la América del Norte. Mas al Norte de los límites de Sinaloa, estaba la nacion de los *huites*, que quiere decir flecheros, pueblo inhumano y muy diestro en el manejo de las armas y el ejercicio de la guerra, encarnizados enemigos de los sinaloas. El padre Cristóbal Villalta solo, penetró en aquella gente,